

UN ALMACÉN DE ALGODÓN

níficos camarotes. Las puertas se abren al exterior y permiten la limpia eficaz y completa de la pieza. Algunas veces el piso es de un enrejado de madera muy espeso, para que no sufran las patas del precioso inquilino, y los orificios dan salida á los líquidos y la basura.

El cordero y el cerdo son objeto también del mismo trato higiénico, refinado y elegante que el toro y el caballo, mejorándose sus razas.

Además de las ventas que se verifican en «cabañas» y estancias, hay en las poblaciones del campo, especialmente en la provincia de Buenos Aires, los llamados «remates» de animales, semejantes á las ferias que se celebran en España y otras naciones europeas. La profesión de «rematador» es de gran importancia cuando se goza de popularidad y se dispone de amplios lugares de venta cerca de las poblaciones. Hay rematador que es casi un banquero, con grandes oficinas y numeroso personal, pues maneja caudales enormes por las compras y ventas en que interviene y los depósitos que se le confían.

El lugar del «remate» es un parque dividido por cercas de madera en distintos corrales, que guardan los animales puestos á la venta. Cuando el lote que se saca á pública licitación es importante, el rematador jefe sube á una especie de púlpito portátil bajo la sombra de un quitasol y perora ante la multitud, mostrando el ganado y ensalzando sus méritos. A veces interpola en su discurso chistes y agudezas del país, que provocan la risa de los estancieros y agricultores llegados desde los cuatro puntos cardinales del distrito. Otras veces son los empleados del jefe los que se encargan de llevar adelante la puja, pues la tarea resulta fatigosa, y en los días de gran venta dura de sol á sol.

Estos rematantes son de una garganta férrea y de ágil mirada. Se necesita gran memoria de rostros y nombres para reconocer en la multitud á los que ofrecen cantidades, y una voz incansable que repita horas y horas el elogio de los lotes. Cubiertos con el guardapolvo de viaje, estos voceadores, que han de regresar por la noche á Buenos Aires, mezclan en su peroración los refranes del campo y los últimos chistes urbanos.

Algunas «cabañas» han llegado á tal prosperidad y representan riquezas tan enormes, que los argentinos las miran como instituciones patrióticas, dignas de infundir orgullo.

Ciertos estancieros son personajes conocidísimos, y su nombre se repite como el de una celebridad nacional. Entusiasmados por sus triunfos y por el aura popular, no retroceden ante gasto alguno, por fabuloso que parezca. Quieren que la República posea los animales más

El sistema *democrático* consiste en comprar animales de todas clases para engordarlos y venderlos. La estancia es simplemente, en este caso, un campo de engorde, por donde pasan los rebaños, cambiándose con rapidez. Los provechos son grandes, pero se corren mayores riesgos que en los sistemas anteriores, pues hay que ser muy experto para conocer los animales y tener en cuenta sus dolencias.

En las «cabañas» y estancias de ganado de raza, los establos son modelo de instalaciones higiénicas y hasta lujosas. Á ambos lados del corredor central, blanco y limpio, están las bestias en mag-

bellos y selectos del mundo, y allí donde saben que existe uno famoso por sus méritos y por los premios obtenidos, marchan á adquirirlo sin regatear cantidades. Todo lo que en ganadería producen de mejor la Gran Bretaña y otras naciones europeas, va á parar inevitablemente á las estancias argentinas. Algunos diarios de Londres han llegado á quejarse del acaparamiento de sus mercados y concursos por los argentinos, viendo en ello el peligro de una temible concurrencia para el porvenir.

Los amigos de un estanciero opulento de la provincia de Buenos Aires, al visitar su magnífica «cabaña», en la

que viven los animales británicos más caros y famosos, le dijeron con burlona admiración:

— Todo muy bonito, pero te falta una cosa: traerte al rey de Inglaterra.

Y el estanciero contestó con sencillez:

— Porque no quiere ponerse en venta; que si se vendiera, estad seguros de que lo encontraríais aquí.

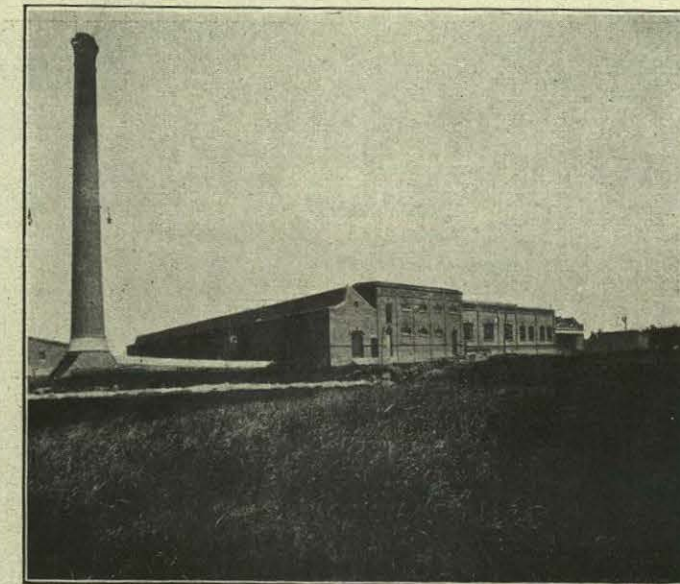
\* \* \*

Todos los años se celebra en el Parque de Palermo (Buenos Aires), la Exposición Agrícola, que reviste la importancia de una solemnidad nacional.

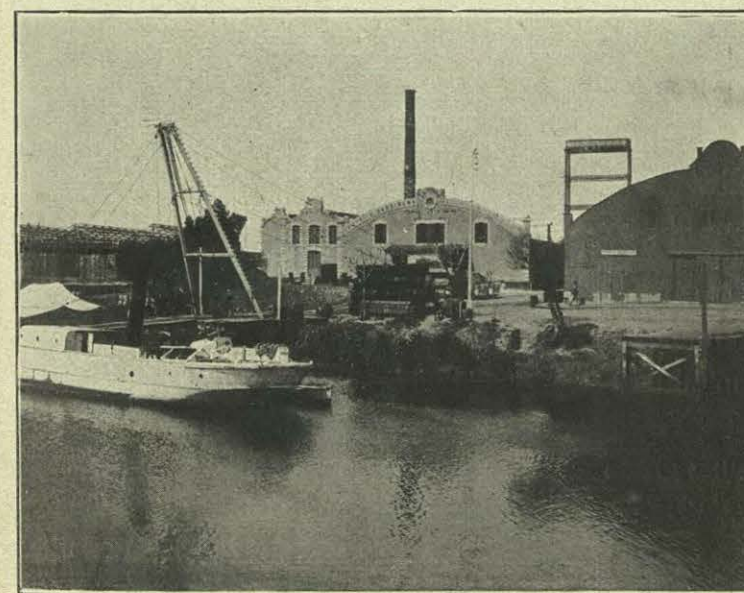
Estancieros que permanecen siempre en el campo, aprovechan la ocasión para ir á la ciudad. Las gentes que no tienen tierras y viven de las industrias urbanas, se fijan poco en este concurso; pero la capital se llena de hombres del campo que llegan alegres como á una fiesta, con anchos sombreros y botas altas, negras ó amarillas. Las familias de los ricos estancieros vienen también á Buenos Aires. Son delicadas señoritas con el rostro un tanto obscurecido por

el sol y el viento, que allá en sus propiedades galopan como intrépidos jinetes; niños vigorosos acostumbrados á tenerse en la silla antes de haber aprendido á andar. Quieren ver de cerca el triunfo de los animales selectos de su propiedad, que están en la Exposición, y conocer al mismo tiempo las bestias que exhiben sus rivales.

Los mayordomos de estancia, siempre encerrados en las grandes fincas que administran, galopando de sol á sol, batallando con peones y animales, tienen en estos días su asueto anual y llegan á Bue-



BUENOS AIRES. UNA FÁBRICA DE ALGODÓN



EXTERIOR DE UN FRIGORÍFICO





UNA NAVE DEL MERCADO CENTRAL DE FRUTOS

nos Aires para estudiar los adelantos de la ganadería y divertirse de paso. Juntanse con la inocente y ruidosa alegría de los marinos cuando se avistan en un puerto tras larga ausencia, y ansiosos como éstos de resarcirse con rápidos y tumultuosos placeres de las horas de soledad y tedio, organizan fiestas que ponen en conmoción á ciertos establecimientos ocultos de la gran ciudad. Esta temporada de la Exposición consume á veces una parte considerable de sus ahorros.

Las intrigas, las protestas, las ambiciones, forman un ambiente pasional en torno de los animales que rumian plácidamente en los establos de la Exposición, levantando sus ojos mansos para contemplar al gentío. Cada uno exige para sus bestias el codiciado premio, que no sólo representa gloria, sino utilidades, pues el establecimiento que lo consigue ve aumentarse rápidamente sus negocios. Estancieros y mayordomos gesticulan, murmuran y forman grupos á impulsos del egoísmo y el despecho, lo mismo que en las Exposiciones de Europa se mueven los artistas en vísperas de la adjudicación de premios.

Como las influencias políticas se dejaban sentir en los concursos de Palermo, el deseo de imparcialidad ha hecho adoptar una sabia medida á los organizadores. El jurado principal, encargado de adjudicar las recompensas, es un especialista llegado de Londres. Todos los años se cambia este juez, que ignora el idioma, no conoce á los expositores y da su fallo sin pasión alguna.

Muchas estancias pequeñas se dedican al cuidado de reses bovinas, no para su engorde y venta de la carne, sino para explotación de la leche. Estos establecimientos se conocen en el país con el nombre de *tambos* y se limitan á producir lo necesario para el consumo nacional. La industria quesera no está muy desarrollada, á pesar de la gran abundancia de materia prima. En algunas provincias se fabrican quesos muy apreciables, pero en cantidad limitada y los productos no van más allá de los territorios donde se confeccionan. Únicamente en la gobernación de Chubut, las colonias ganaderas producen abundantemente un queso mantecoso y rojizo, como el de Holanda, de rico sabor, que se consume en toda la República.

En las estancias argentinas el ganado es objeto de grandes precauciones higiénicas. Al antiguo estanciero, que dejaba abandonadas las reses todo el año en el campo salvaje, confiándolas al azar de su instinto, y sólo las reunía en épocas de esquila ó de venta, ha sucedido el ganadero moderno, convencido de que su capital pecuario irá aumentándose conforme le preste más atenciones y cuidados.

El baño de los animales es ahora una gran preocupación de los ganaderos. La garrapata y otros parásitos, así como las enfermedades cutáneas contagiosas, causaban graves daños y una creciente mortalidad en las inmensas tropas de reses. Hoy, gracias á la higiene, estos males están muy disminuídos y ciertas plagas tienden á desaparecer.

Dos ó tres veces anualmente, los rebaños, sea cual sea el número de sus bestias, pasan por

un estrecho canal, cuyas aguas están cargadas de un líquido antiséptico, destructor de parásitos. Á veces esta operación dura semanas y aun meses, según la cantidad de animales que tiene la estancia. Los baños para la raza bovina son de mayores dimensiones que los usados por las ovejas, pero unos y otros se hallan construídos del mismo modo. Las reses, guiadas por sus conductores, se apelotonan entre las cercas de un corral y van desfilando á lo largo de un corredor descendente, entre dos filas de postes. Al término de éste, les falta el suelo y resbalan por la pendiente, hasta caer en un canal estrecho y de altos muros, donde es imposible revolverse ni retroceder. El instinto de conservación las hace nadar unos cuantos metros, hasta que salen por la pendiente opuesta, con las lanas ó la pelambre chorreando líquido antiséptico.

Algunos establecimientos han llegado á la mayor perfección en el cuidado y aprovechamiento de las reses. En las grandes colonias de los territorios de Chubut y Santa Cruz, como los brazos son escasos y los rebaños de ovejas inmensos, se apela á la máquina para las más importantes funciones de la industria ganadera. El corte de las lanas se hace por medio de esquiladoras á vapor, y en algunas colonias existen cuarenta mecanismos de tal clase, que

esquilan miles y miles de animales, realizando tal función con más limpieza y regularidad que la mano del hombre.

Uno de los inconvenientes con que tuvo que luchar la ganadería argentina hasta hace pocos años, y que entorpeció bastante su fomento, fué el robo. Los «matreros» ó fugitivos de la justicia abundaban mucho en el país. Todos tenían algo de ladrones de reses; los partidarios, que forma-



VISTA DEL MERCADO CENTRAL DE FRUTOS



INTERIOR DE UNA «BARRACA» DE LANAS